3 1761 06780670 3

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cancionerocastel00mesa

ENRIQUE DE MESA

CANCIONERO CASTELLANO

CON UN ENSAYO DE

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

RENACIMIENTO

OBRAS DE ENRIQUE DE MESA

VERSO

Tierra y alma. Madrid, 1916. (Agotada.)
Cancionero castellano. Madrid, 1911. (Id.)
El silencio de la Cartuja. Madrid, 1916. (Premiada por la Real Academia Española.)

PROSA

Flor pagana. Madrid, 1905.
Tragicomedia. Madrid, 1910.
Andanzas serranas. Madrid, 1910.

3

ENRIQUE DE MESA y Rosa

III

CANCIONERO CASTELLANO

CON UN ENSAYO DE

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

MADRID

«Renacimiento», 1917

ES PROPIEDAD

698364
3.4.59

PQ
6623
E8C3
1917

Madrid.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10

A LOS PASTORES DE LA SIERRA

A LOS TERRUÑEROS DEL LLANO

ENSAYO

Los porqués.

Don Enrique de Mesa es uno de los poetas de verdad que hay actualmente en España; muy superior, por lo sincero y generoso del fondo y lo acabado de la forma, a otros versificadores a destajo que gozan fama mendaz y por ende caediza. Quiero decir con esto que el nombre de D. Enrique de Mesa no suena tanto en las orejas del vulgo como otros nombres de poetas vulgares (si es que la vulgaridad se compadece con la poesía), lo cual, al fin y al cabo, es muy natural y entra en el orden corriente de las cosas. Cuando vuela una gallina, apenas si se levanta cuatro palmos de la tierra;

pero se suscita un gran «tole tole», y todo el corral se alborota. Las aves de altanería bogan en serenas regiones, adonde no alcanzan las miradas de los hombres, afanados en sentar recio el pie, mas sí los ojos de algún pastorcillo ocioso, avezados a escudriñar las profundidades del cielo. Pero dejémonos de símiles ornitológicos, y vamos a lo que importa.

Una de las normas esenciales de la conducta de la vida es atender al «antes» de las cosas con preferencia al «después»; a la génesis, mejor que a los resultados; en suma, al «porqué» de las cosas. Esta norma es provechosa en cualquier sentido que se considere. Si hemos de conformarnos con la realidad, tal como se nos ofrece, no hallaremos la verdadera y aquietante conformidad hasta tanto que no hayamos descubierto el «por qué» las cosas son como son, es decir, como tienen que ser. Si, por el contrario, nuestra voluntad se ha empeñado en modificar la realidad, hemos de comenzar por inquirir el «porqué» de ella, y una vez averiguado el «porqué», habrá llegado la coyuntura de sustituirlo por nuevos estímulos que engendren una nueva realidad; de otra

suerte, jamás lograremos que la realidad se mude; cuando más, la mudanza será de figuraciones y vanas apariencias.

¿Por qué el nombre de D. Enrique de Mesa no anda tan de continuo en lenguas pregoneras y vulgares como el de otros viles versificadores que corren por ahí adjetivados a lo divino, los cuales así tienen de poetas como yo de cuáquero o de mormón? He aquí formulado un curioso «porqué», atañedero a la realidad literaria española de estos días que corremos. Una respuesta satisfactoria a este «porqué» esclarecerá al propio tiempo los dos términos de relación: la característica de la poesía de D. Enrique de Mesa, y la característica del público literario actual.

Si aspiramos a mudar la realidad literaria en lo que afecta a la relación entre este poeta y el gran público, no bastará imponer por autoridad una fingida y general admiración de la poesía de D. Enrique de Mesa. La realidad continuaría lo mismo. Sería menester cambiar su «porqué», por mejor decir, los dos «porqués» de aquella mencionada relación. O bien D. Enrique de Mesa se decide a escribir estrofas avillana-

das por el canon común, a fin de recibir una parte congrua en aplauso plebeyo e inconsciente. O bien el sentido estético y la cultura espiritual del público surge y se manifiesta de la noche a la mañana y como por encantamiento. Una de dos: o D. Enrique de Mesa se rebaja, o el nivel literario del público se eleva.

No se vaya a deducir de lo antedicho que D. Enrique de Mesa es uno de esos poetas embrollados, enigmáticos, quintaesenciados y superferolíticos, genios herméticos que parecen no decir nada, si bien ellos aseguran que sí, que sus versos están colmados con muchedumbre de intuiciones trascendentales y emociones sutiles, sobremanera difíciles de ser penetradas cabalmente si no es por algún temperamento exquisito. La poesía de D. Enrique de Mesa es sencilla, clara y pura. Lo que sucede es que ahora están de moda diversas afectaciones, y todas ellas propenden hacia cierto gongorismo. Gongorismo que sería pasadero si, a la manera del clásico, naciera espontáneamente de la mucha doctrina de humanidades del poeta. La poesía gongorina se llamó poesía culta por eso. Que un

hombre de temperamento complicado y muy metido en el fárrago de la mitología clásica se produzca en un estilo conceptuoso, ornamental y gongorino, puede pasar, y, por lo que a mí toca, confieso que hasta me place. Lo intolerable es el gongorismo cerril, así como las exquisiteces cochambrosas y el casticismo «modernista»; que las tres maneras son las que privan. Tres maneras de semblante distinto y de sustancia indistinta: falsedad, falsedad, falsedad.

Tal es la característica del gusto literario a la hora presente: depravación. Indaguemos, recíprocamente, cuáles son las características de la poesía de D. Enrique de Mesa. Todas ellas se hallan implícitas en la mera fórmula de aquel dilema: o él se rebaja o el público se eleva. Puesto que él no quiere rebajarse, claramente se advierte que esta negativa presenta dos aspectos. Uno intencional; sentimiento inhibitorio, dentro del espíritu del poeta. Otro manifiesto: el hecho de producir un linaje de poesía diferente de la que solicita el paladar estragado del vulgo literario. Aquel sentimiento inhibitorio no puede ser otro

que una virtud subjetiva, el pudor. El hecho manifiesto se traduce en una manera de virtud objetiva, la distinción. He aquí ya dos características de la poesía de D. Enrique de Mesa; es una poesía «púdica y distinguida», o dicho con otros vocablos correlativos, es una poesía «concentrada y original».

Los dos polos líricos.

Si penetramos con delicadeza en lo que representa el sentimiento del pudor en la poesía lírica, habremos definido con mayor precisión la personalidad de este poeta. Es notorio que el sentimiento del pudor constituye uno de los polos de la poesía lírica. El otro polo es el entusiasmo. El pudor es la fuerza lírica individual, aprisionada y comprimida en lo más recóndito del corazón. El entusiasmo es la fuerza lírica en expansión, es el lirismo aventado colectivamente para que haga un enorme eco unánime. El poeta lírico puede expresar sentimientos y emociones privativos suyos, o bien sentimientos generales. El primero

es el poeta lírico por antonomasia. Su poesía es para leída en voz baja, y aunque mil lectores, leyéndola, participen en los sentimientos del poeta y los vivan por cuenta propia, no por eso este linaje de poesía lírica se trueca en un fenómeno de entusiasmo unánime, ni llega a componer un coro, pues su esencia es la subjetividad absoluta, la intimidad dentro de uno mismo, el aislamiento de los demás, y cada lector por sí, aunque vibrando al diapasón de los otros lectores, se reconoce distinto de todos y más él que en la sucesión acostumbrada de las horas apáticas. Es como si varias personas presencian un crepúsculo. Por muy semejante que sea la sensibilidad de todas ellas, y aun cuando el espectáculo que las mueve es el mismo, la emoción en cada una exaltará lo que en su conciencia hay de más personal e íntimo. Si en este momento un poeta lírico acierta a expresar su emoción, todos los otros exclamarán: «justamente lo que yo estaba sintiendo, por lo inefable»; y, sin embargo, bajo esa aparente similitud se disimulan pequeños universos psicológicos que nada tienen de común, si no es el tono.

La poesía lírica del entusiasmo necesita del coro; es para declamada ante audiencias numerosas, porque su origen y su fin es la unanimidad, y, aunque con matices diversos, todos la sienten de la misma manera. Es como la elección de un magistrado. Podrá ser que cada cuál se inspire en razones y propósitos que a él solo se refieren, pero el resultado es un magistrado elegido por todos. La forma más acusada de este linaje de poesía lírica es la que los italianos denominan «poesía cívica». Huelga añadir que en la poesía lírica del entusiasmo, la depravación del gusto público no estorba a la nombradía del poeta; pues la generalidad de los sentimientos en que se inspira le salva, bien que los primores de la forma no sean apreciados debidamente.

En el género de la poesía lírica íntima ilustran la literatura española contemporánea algunos excelentes poetas, y de los más elevados en la jerarquía, es, sin duda, don Enrique de Mesa.

El Poeta, antaño remoto.

En el punto de conjunción y equilibrio perfecto entre los dos polos líricos, entre la pudicicia y el entusiasmo, siendo ambas cosas sin ser por entero lo uno ni lo otro, más un caudal de ideas, mellizo de la filosofía pura, está la «Poesía» a secas. Su elegido e inspirado ya no es un poeta, sino el «Poeta». Todos los «Poetas» con que cuenta la historia se enumeran por los dedos de una mano, y acaso sobran dedos.

Quiere decirse que la mayor parte de los poetas son poetas limitados; unos a pesar suyo, no sin haber intentado encaramarse a la categoría de Poetas, con mayúscula; otros, por propia deliberación de acotar la obra dentro de ciertos límites. Lógicamente, esta limitación voluntaria ayuda a la perfección y acabamiento de la forma. Los Poetas no han sido impecables en el estilo y traza externa de sus poemas. La perfección formal suele ser patrimonio de los poetas voluntariamente limitados. Tal es el caso de D. Enrique de Mesa.

Goethe, dice:

In der Beschränkung zeig sich erst der Meister.

En el trabajar dentro de límites es donde primero se revela el Maestro.

¿Es que, señalando una limitación, hemos restado valor a la obra de este poeta? De ninguna manera. No hemos hecho sino comenzar a precisar su personalidad poética; y hemos comenzado, lógicamente, por el principio. Así como el rosal da rosas y el clavel da claveles y no es admisible la disputa de cuál es lo más y lo mejor, si el clavel o la rosa, ni es disputable que rosa y clavel de verdad hacen gran ventaja a claveles y rosas de papel o trapo, así también cada edad, y aun diríamos que cada comarca, engendra linaje diferente de poetas, y lo que importa es averiguar si un poeta lo es de verdad o es un poeta de papel y trapo. La edad moderna y esta bendita tierra en que nacimos no son a propósito para producir el Poeta, esto es el vate o profeta. Eso ha pasado a la Historia. Traeré en ayuda unas frases de Enrique Heine en sus *Reisebilder*: «En otro tiempo, en la antigüedad, en la Edad Media, el mundo era de una sola pieza y había poetas enteros. Honremos a estos poetas y gocemos su genio; pero toda imitación de su

unidad es una mentira, que difícilmente se oculta a los ojos que saben discernir lo verdadero de lo falso.» (Menéndez y Pelayo, en un estudio sobre Núñez de Arce, amplifica largamente estas palabras de Heine.)

Blanco y azul.

Hemos dicho que D. Enrique de Mesa es un poeta lírico. Habíamos dicho también que la poesía lírica se repartía en dos polos: una, poesía lírica, que compendia sentimientos generales, comúnmente participados, la poesía del entusiasmo, que también denominan «cívica»; otra, que insinúa emociones y sentimientos muy íntimos y personales, poesía sobremanera subjetiva y pudorosa.

La poesía cívica y entusiasta, con su número amplio y luminoso, parece ser hija del Sol y del mar Mediterráneo. Su más alto representante, hoy en día, es D'Annunzio, que nació a bordo de una nave. Es la lírica propia de las tierras que orillan el *Mare Nostrum*. Tiene algo de semita, en el materialismo de las imágenes y la violen-

cia agresiva del estro, y algo de grecolatina, de elocuencia de ágora y de foro.

En el polo opuesto de la poesía meridional y mediterránea se halla la poesía íntima, sobria y recatada, peculiar de los hombres continentales, de tierra adentro y montañeros, y señaladamente de las pueblos del Norte. Es una poesía hija de la niebla, y también, en veces, del mar verdioscuro, así como la otra es hija del Sol y del mar azul.

Hay quien considera como verdadera poesía solamente la poesía lírica íntima y púdica. Quienes tal opinan, no es raro que sostengan que la literatura castellana es paupérrima en poesía lírica. En poesía lírica de este orden, sí.

Escuelas, dichas clásicas.

Considéraso generalmente que hay tres escuelas de lírica clásica española: la sevillana, la cordobesa y la castellana o salmantina. Aunque algunos autores se placen en establecer contrastes, que son meros sofismas especiosos, entre la escuela sevillana

y la salmantina, mal llamada castellana, estéticamente son una misma: son la poesía lírica mediterránea, con preponderancia del elemento semita. Este elemento semita se manifiesta de varias maneras: externamente, como motivo decorativo, en forma de citas, traducciones, paráfrasis y alusiones a la literatura hebraica; interiormente, ora en forma de misticismo encarnado en imágenes materialistas, ora en forma de vanidoso patriotismo (el poeta de tipo judaico se figura siempre pertenecer al pueblo más grande, al pueblo elegido). Hay, por otra parte, en la lírica sevillana y salmantina, el elemento grecolatino, inculcado sobre todo mediante influencias italianas del Renacimiento. «Una de las notas de la poesía española del tiempo de Herrera es el lirismo fundado en la intimidad y personificación de la Naturaleza, la cual... le sirve al poeta de confidente. Una veces *el eterno y sacro río*, que *acoge en su sonante movimiento* sus apasionados suspiros; otras las colinas y pintorescos paisajes del Guadalquivir, etc., etc.» (Clásicos castellanos. *Fernando de Herrera*. Prólogo y notas de Vicente García de Diego. Edición de *La Lectura*.)

Clasicismo y pseudoclasicismo.

He elegido las anteriores líneas porque definen cabalmente cómo el elemento grecolatino, en fuerza de trasiegos, degenera, y de clasicismo pasa a ser pseudoclasicismo. Se ha vituperado como vicio general de la lírica española la ausencia de «emoción directa de la Naturaleza». Esa intimidad y personificación de la Naturaleza que se atribuye a Herrera, ese tomar los seres de Naturaleza por seres racionales y hacer como que se vive en su intimidad, hablándoles como se habla a las personas, es justamente ausencia de emoción directa de la Naturaleza. Contarle a las rocas o a los árboles los desvíos de la ingrata, es no tener idea de lo que son los árboles y las rocas. Y la ausencia de emoción directa de la Naturaleza es lo distintivo del pseudoclasicismo.

La estética del clasicismo en la lírica impone la imitación directa de la Naturaleza; pero una imitación sintética e ideal, como hace la pintura. Las autoridades más concluyentes y citadas del clasicismo han

sido, en todo tiempo, Simónides, con una sola sentencia: «La pintura es poesía muda; la poesía es pintura elocuente»; y Aristóteles y Horacio, con sendos tratados, uno en prosa y otro en verso: la «Retórica» y el «Arte poético». La poética horaciana se halla sintetizada en tres palabras: *ut pictura poesis:* la poesía es como la pintura. En dictamen de Aristóteles, la poesía debe imitar la Naturaleza, dando la verdad de las cosas; pero una verdad seleccionada, levantada sobre lo que es local y accidental, purgada de lo anormal y excéntrico; una verdad «representativa» en el más alto sentido. El poeta mejora la Naturaleza, la cual, dice Dante en su *Paraíso*, es «como un obrero enorme cuya mano tiembla». («The New Laokoon», por Irving Babbitt, trata concluyentemente este tema, iniciado ya en Lessing.)

Este concepto clásico de la poesía produjo una figuración representativa de la Naturaleza: la mitología. La mitología fué parto laborioso y patético del númen lírico. La mitología, vestidura externa del clasicismo poético, es imitación y emoción directas de la Naturaleza. El pseudoclasicismo

o clasicismo degenerado sirvióse de las figuraciones ya creadas por los poetas griegos y latinos, en lugar de crear nuevas figuraciones ideales; no llegó a ver la Naturaleza por primera vez sino enmascarada detrás de arcaicas personificaciones. El poeta clásico que por primera vez extrajo del amargo laurel el mito de Dafne, sin duda que recibió la emoción directa de la Naturaleza. El poeta pseudoclásico que alude al laurel como el árbol de Dafne, sin duda que carece de emoción directa de la Naturaleza.

Huelga añadir que el comúnmente denominado clasicismo castellano, no es, en general, sino pseudoclasicismo.

Además de las escuelas sevillana y salmantina, que vienen a ser una y la misma, hay en la lírica española un estilo que, participando de la lírica meridional, ostenta, sin embargo, rasgos genuinos de la tierra, de su oriundez: el gongorismo, que llamaremos escuela cordobesa. En el gongorismo se funden lo oriental con lo ibérico; la imaginación, que es producto del perezoso ocio (elemento oriental), con el conceptismo, que viene de la inquietud espiritual

(elemento ibérico). Es una armonía discordante de dos términos contrarios y paradójicos; la imaginación se recrea siempre en sus sueños; la inquietud jamás se satisface, jamás cree haber dotado de justa y acabada corporeidad oral a los entes incorpóreos que pueblan la imaginación y el pensamiento. En el mundo de las realidades plásticas, el ser más gongorino es el caballo cordobés, con su tronco opulento de odalisca y su cabeza y cabos finísimos, descarnados, inquietos y nerviosos. Mueve los remos de la manera más activa, complicada y conceptuosa, y al propio tiempo el torso permanece inmóvil, henchido de majestad. Si se juzga por lo poco que avanza, dijérase que, a pesar de tanto fuego, es la pura pereza.

Aparte de eso que los historiadores literarios clasifican como poesía lírica castellana o salmantina, ¿hay una lírica propiamente castellana? En mi opinión, sí. Y don Enrique de Mesa entra en esa línea de líricos castellanos.

La lírica castellana.

No es poesía lírica castellana toda manera de poesía que se albergó en España, ni siquiera todo lirismo que resonó en Castilla.

Es Castilla tierra abierta y llana, tierra a propósito para cabalgadas y correrías. Por Castilla pasaron en mesnada, con placientes y abigarrados atavíos, mil modas y modos de poesías extrañas; de ellos aíncaron aquí, así en son de conquista, reduciendo a servidumbre y olvido a lo castellano, como so capa de amistad y celebrando desposorios. Lo esencial es desentrañar la filiación y traza de la poesía lírica propiamente castellana. Y veremos cómo el último vástago de este ilustre linaje, con todas las virtudes del abolengo, es don Enrique de Mesa.

Cuando una manifestación del espíritu lleva apelativo geográfico, dase a entender una relación necesaria entre la obra y el ambiente físico en donde se produjo; más aún: una dependencia, a modo de reflejo fiel, de la obra respecto del ambiente.

La obra hubo de nacer allí donde nació o no hubiera nacido nunca. Porque el mundo no es resultado de la casualidad. Lo contrario sucede cuando la obra del espíritu va acompañada de un calificativo abstracto. Al decir «lírica castellana» estamos en el primer caso y designamos concretamente un género de lirismo que sólo Castilla y la raza castellana pudo engendrar. No así al decir «poesía clásica» o «poesía romántica», denominaciones que abarcan conceptos abstractos, los cuales convienen a la poesía de diversos países y tiempos.

Hay una forma de poesía castellana que no se halla ni se pudiera hallar en ninguna otra parte, porque es hija de la raza y del ambiente físico; los romances. El romancero es el protoplasma de las letras hispanas.

Advierten los historiadores de nuestra literatura, que la poesía lírica española muestra siempre rasgos épicos; esto es, narrativos, como si le hubiera quedado indeleble la impresión de su origen, el romancero, que es fundamentalmente épico. Como quiera que no existen géneros rotunda-

mente recortados, sino en ciertas obras frías, falsas y eruditas, puede sentarse con igual certidumbre la proposición inversa, o sea, que en la poesía épica castellana domina el elemento lírico.

Poesía lírica, depurada de toda aleación épica, son, por ejemplo, aquellos dos romances primitivos que Ticknor reproduce en su *Historia*, y que comienzan así:

Fonte-frida, fonte-frida,
fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación; etc., etc.

Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos
non vos supe servir, no; etc., etc.

Estos dos romances, junto con algunos otros romances añejos, forman parte de la pequeña antología *Las cien mejores poesías líricas*, recogida por Menéndez Pelayo.

Ticknor señala que el sentimiento lírico y su expresión, en estas piezas de la más rancia poesía castellana, son peculiares de Castilla, sin parejo en la lírica de ninguna

otra comarca. Añade que a lo sumo pudieran ofrecer algunos puntos de contacto con las baladas inglesas y escocesas (1).

Sin duda tienen baladas y romances entre sí de común que, a diferencia de la lírica mediterránea, entusiasta, voluptuosa y coral, son poesía de tierra adentro, de montaña o del Norte, íntima, sobria y púdica. Se distinguen en el estilo justamente por las cualidades físicas del ambiente que las incubó. Dijérase que en nuestros romances hay sol, así como en las baladas hay niebla; que en los unos hay sequedad, así como en las otras hay humedad; que en la

(1) Para el lector curioso: *Reliques of ancient english poetry*, por Percy. Hay una edición económica, la *Everyman*. Esta colección de baladas inglesas y escocesas apareció en 1765, en pleno pseudoclasicismo. Atrajo acres vituperios del famoso crítico pseudoclasicista, doctor Johnson, y de otros. Sir Walter Scott la leyó, con mucho entusiasmo y deslumbramiento, siendo niño, y le influyó de suerte que le hizo tomar el rumbo literario de la poesía legendaria y las novelas históricas, las cuales contribuyeron en tanta medida a la propagación del romanticismo en todas partes, en España no donde menos. El mismo fenómeno se repite entre nosotros con el romancero y la literatura del duque de Rivas y de Zorrilla.

lírica castellana hay claridad, así como en la inglesa o en la escocesa hay vaguedad. Todas tres brotaron como emoción directa de la naturaleza. Guardan un sentimiento hondo, reconcentrado, temeroso de ser profanado o mal interpretado si se manifiesta demasiadamente. Hacen mención de sus afectos en términos simples y con la más casta austeridad de lenguaje. Son la máxima pureza de alma y de acento. El romance lleva su escrúpulo de sobriedad y la economía de todo ornamento hasta suprimir la rima rica, aconsonantada, y adopta en su vez pobre y monótono asonante. Pues las ondas postreras de aquel romance castellano primieval, tan pronto de acrisolado lirismo como surcado por azuladas venas épicas, y en todo punto pureza máxima de alma y de acento, fluyen con limpísimo curso en los romances de don Enrique de Mesa.

Una flor hay en el valle
que ha perdido sus aromas.
¡Oh, que triste ver marchita
la que fué lozana rosa!; etc., etc.

(Tierra y Alma.)

¿Por qué corriendo te quejas,
arroyo de Garcisancho?...; etc., etc.

(Ibid.)

Pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón,
los que apriscáis vuestras cabras
al pie del Cancho Mayor, etc., etc.

(Cancionero Castellano.)

Caminos hondos del valle,
viejos caminos, callejas
hendidas de las rodadas
de campesinas carretas; etc., etc.

(El silencio de la Cartuja.)

¡Cómo ríen los pastores
camino del Fontarrón,
por el sendero que aroman
los tomillares en flor!; etc., etc.

(Ibid.)

Toda la poesía de don Enrique de Mesa, ya sea arromanzada, ya en estrofas de sumo artificio y conformes a los más dificultosos dictados del arte de trovar, dejan en el paladar del alma un regusto y áspera dulzura de miel montañera, lo mismo que los añe-

jos romances, por ser los unos y la otra frutos de la tierra, y «por ser la tierra tan brava», según reza antiquísimo romance. El primer libro de poesías de don Enrique de Mesa, se intitulaba *Tierra y alma*, como si dijéramos que los versos son fruto de la tierra madurecidos al rehogo del alma.

Juglaría y clerecía.

A tiempo que, allá en la edad moza de nuestra historia literaria, los romances, como nacidos de la tierra, vivían en el pueblo, hijo asimismo de la tierra, venían de otras tierras, con acompasado son y garridos paramentos, en guisa de mesnaderos, diversos modos y modas de pensar, sentir y cantar. Primero fué la moda latinizante, de los clérigos poetas, que bautizaron sus poesías con el nombre de «prosas», a semejanza de los himnos eclesiásticos, y por eso se llamó su poética de «clerecía», así como a los romances del pueblo se les dijo «juglarías». Luego fué la suave y cortesana moda de Provenza, que llegó a Castilla, dando un grande rodeo por Galicia y Por-

tugal, conducida como viático por los romeros que de Francia hacían la vía de Compostela. Más tarde fué la pulida moda prerrenacentista, la casuística, petrarquista y la tramoya dantesca. Y en este punto se abre la edad moderna del mundo, y con ella la edad adulta de nuestras letras, edad mal denominada clásica, pues sólo fué pseudoclásica. El verdadero clasicismo les corresponde a las edades de puericia y de mocedad.

Si consideramos atentamente este ciclo de puericia y mocedad que antecede a la adultez de nuestra poesía histórica, poniendo como en cotejo o contraste la juglaría con la clerecía, el romance con el poema de arte mayor, la poesía popular con la poesía culta o erudita, podremos, sin exceso, tomar literalmente los términos de puericia y mocedad, como si en efecto se tratase de la vida de un hombre, comparando la poesía popular o romance a lo que en él hay de temperamento propio, de personalidad indestructible, de herencia de sangre e influjo de medio, y las formas de la poesía erudita a la instrucción con que se adoctrina y adiestra al niño y al mozo, por-

que llegue a ser hombre igual que todos los demás hombres.

La poesía popular fué poesía hablada. La poesía erudita fué poesía gráfica, de códices y cancioneros. En puridad, el niño aprende a hablar por sí. Aunque le enseñen, crea propiamente el lenguaje, según sus necesidades y siempre en correlación perfecta con la realidad. Por el contrario, al aprender a escribir y a leer en lugar de oír, recibe, formada ya, una manera de lenguaje rígido, y las más de las veces falso, porque no se corresponde con realidades sensibles conocidas.

Dos lenguajes.

De la contraposición del lenguaje oral y del lenguaje escrito, se saca el porqué y el cómo se diferencian la poesía popular y la erudita. El vocabulario de la poesía popular está compuesto de nombres de cosas conocidas, de hechos físicos vistos, y de sentimientos, emociones y pasiones elementales; el amor, el odio, los celos, la ambición, la alegría, el dolor, etc., etc.; en

suma: de palabras que designan un objeto concreto y distinto. El vocabulario de la poesía erudita se compone señaladamente de palabras que designan operaciones abstractas y sutiles del entendimiento y del sentimiento, y nombres de cosas no conocidas o de hechos no vistos, entidades míticas cuya mención aparece en el discurso más por adorno o primor que con propósito de representar realidades. Y así la poesía popular es sobremanera plástica; la poesía erudita es intelectual o imaginativa. La poesía popular es sobria, enjuta y sin pringue; la erudita es complicada y tumefacta. Las visiones o emociones de la poesía popular, nos hieren directamente los ojos o el corazón; las de la poesía erudita necesitan que entornemos los ojos por que se fragüen en nuestra fantasía, y rara vez nos llegan al corazón, o nos llegan fuera de mano a través del entendimiento y como provocadas por la voluntad.

La pintura castellana y la poesía popular castellana, son hermanas mellizas.

Pintura y poesía.

Quintana, en su *Tesoro del Parnaso Español*, dice del poema popular de Mío Cid que está «falto de las galas con que la imaginación y la elegancia adornan el estilo», como si su desnudez y sobriedad no fueran más fuertes y corporales que todo lo imaginado. Pero Quintana añade que el poema, «a veces, presenta cuadros». Esa es la expresión adecuada: «cuadros». Quintana cita algunas frases del poema que valen por un cuadro, en las cuales la visión y la emoción hieren directamente los ojos y el corazón. Rodrigo, con los suyos, se despide de Jimena, y dice el juglar:

«Salieron de la eglesia, ya querian cabalgar.»
. . . . . .
«Así parten unos de otros, como la uña de la carne.»

He aquí otro cuadro:

«Abrazan los escudos, delant' los corazones.
Abajan las lanzas, abueltas los pendones.
Enclinaban las caras sobre los arzones.
Batían los caballos con los espolones.
Temblar quería la tierra, dond' eran movedores.»

Otro:

«*Martín Antolinez mano metió al espada.*
Relumbra todo el campo.....»

A ver si la imaginación acierta a parir rayo que así ciegue los ojos como esta espada de Antolinez.

Por dondequiera que se abran los romances viejos se tropieza con frases que son enérgicos cuadros, en su absoluta concisión. Hago la prueba a la ventura.

«*El rey va tan desmayado...*
Iba tan tinto de sangre—que una brasa parecía.
.....
La espada lleva hecha sierra--de los golpes que tenía»

(Primavera y flor de romances. Romance VI del rey don Rodrigo.)

«*... El macero la firió.*
Los sesos de su cabeza—por la sala los sembró.»

(Ibid. Decapitación de la reina doña Blanca. Romance VI de don Pedro el Cruel.)

«*Más al salir de una cuesta—a la asomada de un llano.*»

(Ibid. Romance Fronterizo XV.)

La poesía de don Enrique de Mesa se caracteriza, como la añeja poesía castellana, por el vocabulario, compuesto de voces concretas. En ella cada cosa está designada con su nombre. Lo cual demuestra que el vocabulario ha sido adquirido oralmente. Todas las voces se corresponden con una cosa conocida o con un hecho visto.

Tomemos un libro de don Enrique de Mesa, y en el libro una poesía cualquiera:

«*Con el agua del* nevero
se esponja el verdor del tollo.»
. . . . . .
«*Aun reciente la* nevasca
el piorno *gime y chasca*
en la alegre chamarasca»
. . . . . .
«*en los barbechos alzados,*
trazan rectos los arados
los mullidos camellones»
. . . . . .
«*Cae la fronda* encarrujada»
. . . . . .
«*El rebaño no se* acarra», *etc., etc.*

(*El silencio de la Cartuja.* «Otoño en la sierra.»)

Huelga multiplicar los ejemplos. Quizás don Enrique de Mesa es el poeta contem-

poráneo que ha dado estado lírico a mayor número de voces orales, de nombres de cosas. En esto estriba su clasicismo genuino, emoción directa de naturaleza, emoción pictórica y de realidad sintética, como quería Aristóteles, con que nos afectan sus versos.

El romance añejo y la poesía moderna de don Enrique de Mesa pertenecen, en su aspecto plástico, a la escuela de pintura castellana; la pintura realista. Otras escuelas de pintura conceden valor preponderante en sus obras y concepciones, ora a la grandeza y armonía de la composición, como la escuela romana; ora al movimiento y expresión de las figuras, como la milanesa; bien a la sensualidad del colorido, como la veneciana; bien al refinamiento y exquisitez de la línea, como la florentina; ya al sentimiento puro religioso, como la primitiva y la umbriana; ya al sentimiento voluptuoso y lascivo, como la flamenca. Todos estos principios y propósitos son secundarios, cuando no ajenos al concepto del realismo en la pintura castellana. El concepto de nuestro realismo pictórico se confunde con la técnica de la pintura. El pintor no es

tanto creador y ordenador del cuadro cuanto mediador e intérprete entre naturaleza y pintura. En ocasiones, su actitud para recibir la emoción directa de las cosas es tan pasiva, abierta y dócil, y su pincel reproduce la realidad con simplicidad tan fiel, que se dijera que el artista desaparece y que el cuadro ha nacido por sí, como obra de naturaleza.

Pintura de calidades.

Este concepto y actitud se traduce en la técnica, en el procedimiento, que consiste en extremada simplificación y justeza de dibujo, y, sobre todo, en aquello que en el lenguaje del oficio se dice «pintura de calidades». La pintura de las calidades no se conforma con reproducir el pergenio y color de las cosas, sino que se propone sugerir la ilusión de la materia de que las cosas están hechas. Carmesí pueden ser un velludo, un raso, un damasco, un brocado y una nube; y siendo todos del mismo color, varía la calidad del rojo conforme varía la materia; el velludo es muelle; resbaladizo, el

raso; turgente, el damasco; áspero, el brocado, e impalpable, la nube. La pintura realista nos da los objetos, no solamente como si los viéramos, mas también como si los tocásemos.

Lo equivalente a la pintura de calidades es, en nuestra lírica añeja, y en la moderna de don Enrique de Mesa, el empleo constante de nombres concretos y el equilibrio escrupuloso entre la realidad y la obra de arte; de manera que jamás se representan las cosas por descripción y amplificación, sino que a cada cosa corresponde una palabra: la necesaria y la única. Y hace la poesía gran ventaja a la pintura en que ésta, cuando más, no alcanza a representar sino sensaciones de los ojos y del tacto, pero aquélla posee medios de acariciar el oído y sugerir regalados goces del paladar y del olfato. La rosa en poesía, es más rosa que la rosa en pintura.

La poesía de don Enrique de Mesa abunda en cuadros plásticos, lo mismo que las gestas y el romancero.

«En la vertiente de empinado risco,
al montaraz abrigo de los canchos,

ondulan las fogatas del aprisco,
en donde forman los pastores ranchos.
La yunta de los bueyes cruza lenta
por los terrones duros del rastrojo,
y la figura del gañán se aumenta
al recortarse sobre el cielo rojo.»

(Tierra y alma.)

Mirad esta égloga—digo mirad, y no leed—de una zagala y un pastor. Es como un trozo de pintura velazqueña:

La mano de azul teñida
por la calceta, el pastor
le tiende, torpe de amor,
a la zagala encendida;
mas la moza le rechaza
con los ojos sonrientes,
mientras que los blancos dientes
hunde en la morena hogaza.»

(Cancionero castellano.)

«Entre los robles, temerosos huyen
potros salvajes; las hirsutas crines
flotan al aire, y en el aire vibra
fiero relincho.»

(El silencio de la Cartuja.)

«Este pastor cetrino,
arrugado y ceñeño,
recio como el tocón de un recio pino
en el agrio paisaje berroqueño.»

(Ibid.)

La poesía de don Enrique de Mesa está enraizada en el terruño castellano, y, dentro de él, en región de acusadas lindes, la Sierra de Guadarrama, con sus puertos, aldehuelas y pueblecicos serranos. Tan ligada se halla al lugar de su cuna, montañas tierra adentro, y de tal suerte se corresponde la expresión con lo expresado, que no hay en ella palabra vacía, ni voz que no represente un objeto o una emoción directamente llegada al espíritu a través de los sentidos. Por ejemplo, en ninguno de sus libros está la palabra «mar», que casi todos los poetas, aun aquellos que no han visto el mar, emplean en sentido figurado y metafórico. Por eso es esta poesía original, porque originalidad es la revelación directa de la naturaleza dentro de uno mismo, como advierte con sagacidad Pope, estudiando a Shakespeare.

Lírica sentimental.

De la dominante del elemento objetivo y plástico, no ha de deducirse que la poesía castellana carece de ese temblor sentimen-

tal del espíritu que se ha convenido en considerar como lirismo por antonomasia. Lo que sucede es, como más arriba hemos indicado, que el sentimiento es recóndito y pudibundo, y acaso por esto mismo singularmente intenso. Bajo la traza áspera y casi impersonal de esta lírica, cada objeto de naturaleza está vivificado y animado de la sensibilidad del propio corazón del poeta. Pudiera aplicársele aquel dístico de Hugo:

« Tout objet dont le bois se compose, répond à quelque objet pareil dans le forêt de l'âme.»

(Victor Hugo: Voix intérieures.)

La añeja poesía popular de Castilla, que hemos comparado a lo que en nuestras letras, durante las edades de puericia y mocedad, había de temperamento y herencia de sangre, juntóse en consorcio estrecho ciertas veces con la poesía culta, que habíamos equiparado con la instrucción que se le inculca al niño y al mozo, y así resultaron unos como puntos de conjunción de la juglería con la clerecía y el italianismo. Cuando el carácter de la persona es ciertamente

entrañable y entero, no desmerece ni se debilita bajo los menesteres de la educación, antes se depura y robustece.

La poesía añeja popular, si bien de carácter recio y hermosura intrínseca, es tosca e incorrecta en la forma. La perfección había de venirle de la poesía culta y cortesana.

Los puntos de enlace más salientes, en que la poesía popular se ayunta con la erudita, sin perder su aire castellano, y ganando en maneras, son; Berceo, nacido en Berceo («Gonzalvo fué su nomne que fizo este tractado —... natural de Berceo». *Vida de San Millán*), al cual no hay abuso en tenerlo por castellano, el Arcipreste de Hita, de Alcalá de Henares («Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá.» *Libro del buen amor.*) y el Marqués de Santillana, de Carrión de los Condes. De estos tres clásicos castellanos, en Berceo prepondera la clerecía; en Juan Ruiz, la juglaría; el Marqués es, en la mayor parte de sus obras, únicamente italianizante, pero, en otras (Serranillas, Villancico a sus hijas, y algunas glosas de coplas populares), logra el más concertado y ecuánime desposorio entre el carácter

castellano y la perfección de forma, aprendida de los trovadores provenzales y gallegos.

La perfección de la poesía de don Enrique de Mesa refleja la perfección de aquellos tres viejos maestros de la poesía castellana, cuyas centenarias faces asoman familiarmente en los versos del poeta de hogaño («¡Oh Gonzalo de Berceo! — ¡El bon vino!», *Tierra y alma.* «Serranillas», en *Cancionero Castellano:* «En su alborada feliz— la moza el miedo desprecia,- hija de la chata recia—que diera amor a Juan Ruiz.» Glosas de coplas populares, en *Cancionero castellano:* «Dime la copla, Jimena»).

Los siglos xvi y xvii son para nuestra literatura la edad de adultez. Nuestra poesía lírica, mal llamada clásica, es poesía erudita (escuelas sevillana, cordobesa y salmantina). Los más altos ingenios componen versos cultos, o genéricamente humanos, si bien esto no les estorba para remedar, vergonzantemente y como a cencerros tapados, romances populares añejos, que circulan casi siempre anónimos y hasta llegan a pasar por antiguos. El siglo xviii es el siglo fundamentalmente antipoético y antilírico,

lo mismo en España que en el resto de Europa. La poesía castellana corre entonces soterrada, como algunos ríos. Sale a ras de tierra con algunos románticos, aunque con harto ímpetu y un tanto cenagosa. Y, por último, se encauza en la cacera de don Enrique de Mesa, con tanta medida, reposo y transparencia, que parece un diamante.

Ramón Pérez de Ayala.

AUTOSEMBLANZA

Al amanecer sería...
Abrí del alma la puerta,
y a la luz del alba incierta
vi la tierra, y dije: «Es mía.»

Señora, la sinrazón,
Rocinante, Clavileño,
aguda lanza, el ensueño,
y la adarga, el corazón.

Y a correr tras la quimera,
y a luchar, y a ser vencido,
y las mozas del partido...
¡Oh, mi Doña Molinera!

La ruta, tediosa y larga,
y la lanza que se embota
al primer encuentro, y rota,
teñida en sangre, la adarga.

«¿Adónde va el caballero
sangrando del corazón?»
—Habla siempre la razón
por boca del escudero.—

...Luego, la melancolía.
Como al manchego de antaño,
cordura triste al engaño
de la razón me volvía.

Y andar a suerte y ventura,
con la nieve y con el hielo:
sobre mi cabeza, el cielo;
bajo mis pies, la llanura.

Al reposar del camino
en la venta castellana,
los ojos de una serrana,
con un vaso de *bon vino*...

¡En el solar noble y viejo
a solas con mi amargura!...
¿Y qué tristeza perdura
con un trago de lo añejo?

Lucía el sol en el llano,
el vivo sol de la raza,
el que rió en la coraza
del viejo Cid castellano.

Di al duro viento la cara,
y, en mi pena, sonreía.
¡Pinos, los de Navafría!
¡Cumbres, las de Peñalara!

Y mi espíritu, disperso
en malandanzas de amor,
fundido por el dolor
halló su troquel: el verso.

Y fué mi canción sencilla.
Moneda de mi terruño,
honró su metal el cuño
de la gloriosa Castilla.

Y pensé: ¿mi alma de amianto
rearderá en lumbrada roja?
¿Acudirá la congoja
sentimental con su llanto?

Acaso la flor que quiero,
la bella y fragante flor,
nacida para mi amor,
¿no aromará mi sendero?...

Y el corazón, que llamea,
dice en roja llamarada:
«Confía. No fué segada
de tu campo Dulcinea.»

Ya conocéis mi destino.
Soy poeta y español,
y no quiero más que sol
y mujer en mi camino.

1908

SERRANILLAS

CORAZÓN, VETE A LA SIERRA...

Corazón, vete a la sierra;
derrotado del amor,
viste sayal de pastor
y oye el cantar de la tierra.

Del sol la primera llama,
nuncio de luz y de vida,
acarmina la retama
de la cumbre florecida.

Y al soslayar, sus reflejos
en los arroyos ríelan,
y el ramaje aterciopelan
de austeros pinares viejos.

Rodando por las vertientes
de la cortada pedriza,
ondula, bulle y se riza
el caudal de los torrentes.

Ya no silban en las peñas
los duros vientos marzales,
y enlozanan los herbales
con las lluvias abrileñas.

Su hielo rompen las charcas,
y en las alturas, senderos
van trillando los cabreros
al paso de sus abarcas.

Ya el regato no se queja,
corre con rumor de risa;
una alegre canción vieja
lleva en sus alas la brisa.

¡La canción primaveral,
perenne cantar de amores
que con aroma de flores
acaricia el roquedal!

De la vida que retoña
es en el alma alegría;
y en las frondas, armonía
dulce, como de zampoña.

Ya tornaron las cigüeñas,
los campos visten de flor,
y se alegran, con rumor
de abundancia, las aceñas.

A la vera del regato,
allá en las tardes tranquilas,
dulces suenan las esquilas
de las ovejas del hato.

El viento los pinos bate.
La campana de la aldea,
pausada y triste, ganguea
la oración. Un perro late.

El sol hunde su topacio,
le sigue la sombra queda;
entre la verde arboleda
su azul engarza el espacio.

Hay gorjeos en las frondas,
cantares en el sendero;
la blanca flor de un lucero,
temblando, brilla en las ondas...

Corazón, vete a la sierra
y acompasa tu sentir
con el tranquilo latir
del corazón de la tierra.

1905

UNA FLOR HAY EN EL VALLE...

Una flor hay en el valle
que ha perdido sus aromas.
¡Oh, qué triste ver marchita
la que fué lozana rosa!

Ya los aires, desdeñosos,
a su paso la deshojan;
ya las lluvias abrileñas
sobre su tallo la doblan.

Las abejas ya no gustan
de la miel de su corola.
¡Oh, qué triste ver marchita
la que fué lozana rosa!

. . . . . .

Vereda, que un zagalillo
con sus abarcas trilló
y tiene verdes orillas
cubiertas de blanca flor.

Pura fuente, en cuyas aguas
quiebra sus risas el sol:
tomillares donde el viento
de la dicha se aromó.

Flauta que alegra en los hatos
las nostalgias del pastor;
la que el otoño durmiera,
la que en abril despertó.

Esquilas dulces, que tañen
con melancólico son;
regato que ondula y nieva
con espumas el verdor.

¡Qué tristes, la madrugada
que en su albear alumbró,
mustia, seca y sin aromas,
la que fué lozana flor!

1904

¿POR QUÉ CORRIENDO TE QUEJAS?...

¿Por qué corriendo te quejas,
arroyo de Garcisancho,
si en tu correr rumoroso
nada te detiene el paso?

Si, desde las cumbres, libre
ruedas por el monte abajo,
tus puros, limpios cristales
entre las piedras quebrando.

Si al cruzar por entre pinos,
de grata sombra al regalo,
das al perfume del aire
la armonía de tu canto.

Si con tus ondas socavas
la dureza de los canchos,
y de blanca espuma nievas
la verdura de los prados.

¿Por qué no desgranas risas
rompiéndote entre guijarros?
¿Por qué corriendo te quejas,
arroyo de Garcisancho?

¿Lloras la ausencia de aquellos
ojos, que en tu espejo claro,
una mañana abrileña
su negrura reflejaron?...

Sigue risueño tu curso.
No se interrumpa tu canto.
No llores males de ausencias,
arroyo de Garcisancho.

Aquellos ojos, que un día
fueron fugitivo halago
de tu cristal, hoy espejan
las aguas de otro regato.

Corre, bulle, salta y ríe
por majadas y barrancos;
no te aduermas en la muda
placidez de los remansos.

Los negros ojos olvida
que en tu corriente temblaron,
y en carrera alegre copia
las flores de otros ribazos.

Reflejarás otros ojos
al dar frescura a otros labios.
Desgrana, entre piedras, risas,
arroyo de Garcisancho.

1906

AYER NOCHE VINO EL LOBO

Ayer noche vino el lobo.
Un zagal dice que oyó
un aullido a media noche
que le helara de pavor.

—¡Está loco el zagalillo!
—No hay en la sierra un pastor
a quien le falte un cordero.
—Es, sin duda, que soñó.

A media noche, en la aldea,
una mozuela murió:
secó la muerte el capullo
de su tierno corazón.

Ayer noche vino el lobo.
Un zagal dice que oyó
un aullido a media noche
que le helara de pavor.

1904

CAMINO DE NAVAFRÍA

Camino de Navafría
sube alegre la serrana,
golosa fruta temprana,
gala de la serranía.

Cruza el denso robledal
de la pendiente ladera.
¿Adónde va, mañanera,
la alondra del pegujal?

¿Cómo tan sola se atreve
a internarse en la vereda,
si aun luce al sol la roqueda
su blanca toca de nieve,

y dice un pastor que hogaño,
encanecido el abril,
llega el lobo hasta el redil
y hace presa en el rebaño?

¿No te acuerdas del cantar?
«La moza alegre subía,
y una tarde, en el pinar,
perdió toda su alegría.»

En su alborada feliz,
la moza el miedo desprecia,
hija de la «chata recia»
que diera amor a Juan Ruiz.

Lleva roja gargantilla;
la que prendado vaquero
le mercara al buhonero
en la feria de Pinilla.

Caminito del alcor
bordea el puro regato,
que en el alcor está el hato,
y en el hato, su pastor.

Atrocha por la retama,
y, al abocar el calvero,
desde el borde del sendero
su zagalillo la llama.

La mano, de azul teñida
por la calceta, el pastor
le tiende, torpe de amor,
a la zagala encendida;

mas la moza le rechaza,
con los ojos sonrientes,
mientras que los blancos dientes
hunde en la morena hogaza.

Y él, rendido y zalamero,
llena un cuenco con el vino
que al pasar por el camino
le dejara otro cabrero,

—castizo jugo español,
vinillo de la ribera,
perdurable primavera
que sabe a tierra y a sol.—

Luego, silencio. La brisa
perfumada del pinar
coge ligera, al pasar,
la vibración de una risa.

Y Amor huele a mejorana,
y a tomillo, y a cantueso,
lo mismo que sabe un beso
de labios de una serrana.

. . . . . .

Mozos que lloráis la ausencia
de amor, que no se quebranta,
en el horno de Garganta
y el molino de Canencia,

¿no barruntabais que hogaño
llegara el lobo en abril
a llevarse del redil
la cordera del rebaño?

Del puerto de Navafría
baja triste la serrana,
golosa fruta temprana,
gala de la serranía.

Prendido su corazón
entre juramentos deja,
como en la zarza la oveja
deja prendido el vellón.

Allí queda su zagal;
y temblorosa de miedo
la moza cruza el robledo
camino del majadal.

¡Ay de la maledicencia
que un aire sutil levanta
desde el horno de Garganta
al molino de Canencia!

La mano de azul teñida
tiene, como su pastor,
y en sus labios el amor
dejó la fruta mordida.

Moza: si por tu desliz
hoy Pinilla te desprecia,
válgate la «chata recia»
del arcipreste Juan Ruiz.

1907

DIME LA COPLA, JIMENA...

«Ya se van los ganados
a Extremadura;
ya se queda la sierra
triste y oscura.
Ya se van los pastores,
ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.»

(POPULAR.)

Dime la copla, Jimena...
Aroma la cantilena
su voz armoniosa y pura:
Ya se van los ganados
a Extremadura.

En silencio el majadal;
desierto el agreste chozo,
refugio del pastor mozo
a orillas del pastizal.
Tenue ventisca otoñal
presagia invernada dura.
Ya se queda la sierra
triste y oscura.

Ya blanquean los borregos
el verdor de la cañada;
los zagales cañariegos
dan al aire su tonada.
Ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Hacia remoto confín,
a un silbo el rebaño arranca:
armado de su carlanca
le escolta, fiero, el mastín.

Morena moza, fragante
como tomillo salsero,
ve partir el trashumante
rebaño desde el sendero.

—¡Noche alegre de San Juan,
noche de fuego y de amor
en que al ejido, galán,
bajó del hato el pastor!

¿Será su amor zalamero
flor de almendro tempranero
que mata el cierzo invernizo,
o será tronco roblizo
de la lumbre trashoguero?...

Como el agua del regato,
saltarín y bullidor,
bajaba el zagal del hato
por las veredas en flor.—

En la paz de la mañana,
junto al dulzor del balido,
disuena el agrio ladrido
de la perra trujillana.
El cristal de una fontana
entre las guijas murmura:

Ya se van los ganados
a Extremadura.

Zagala, cierra tu zarzo,
que es duro el viento invernal;
si viene dulzura en marzo
pronto tornará el zagal.
Hay niebla en el roquedal
y otoño nieva la altura.

Ya se queda la sierra
triste y oscura.

Al tramontar el alcor,
perdidos entre la bruma,
lejano silba el pastor
al rebaño que trashuma.
Tras el mastín ladrador
van los corderos balando.

Ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.

1908

PASTORES DE MAJAVIEJA...

—Pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón,
los que apriscáis vuestras cabras
al pie del Cancho Mayor.

Decidme si, por ventura,
vuestro majadal cruzó
la espiga más codiciada
que grana en mi trigalón.

Marchóse de amanecida,
antes del primer albor,
al punto que las alondras
cantan, barruntando el sol.

Íbase con el hatero,
como otras veces marchó,
para llevar la remuda,
pan y sebo a mi pastor.

—Por aquí pasó el hatero;
iba solo como vos,
con su yegua la cuatralba
y el potrillo retozón.

—¿No la visteis, los cabreros?
¿No visteis mi blanca flor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón?

—Caminaban sierra arriba
cuando el alba clareó;
el zagal iba encendido,
la mozuela sin color.

Por aquí pasó la moza
con el vaquerizo Antón,
el que viene de Castilla
cuando empieza la calor.

—Si la visteis, los cabreros,
muertos os contemple yo;
que no echasteis los mastines
de los hatos al ladrón.

—Por la senda se perdieron
en compaña y con amor;
el hatero iba delante,
pero solo, como vos.

—¿No acosara al vaquerizo
vuestro perro ladrador?
—El cachorro trujillano
silencioso los miró.

—¡No librasteis la ovejuela
del lobezno robador!
—Cada cual cuide su chozo
y gobierne su zurrón.

—Dios maldiga vuestros hatos,
pues burláis con mi dolor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón.

1910

HA LLOVIDO CON FURIA...

Ha llovido con furia...
y el agua de la noche
se descuelga, cantando,
por las quiebras del monte.

Bravea en los canchales,
se embalsa en los hondones,
los oteruelos llena
de efímeros rumores.

Rebosa en la angostura
de las tajadas hoces;
por los borrosos surcos
de los barbechos corre.

Y, la llanura abajo,
su bronco y grave acorde
estremece a la tierra
que, sedienta, la absorbe.

¡Cómo se ensoberbecen,
henchidos hasta el borde,
los arroyos mendigos
y los regatos pobres!

Las caceras humildes
enronquecen sus voces,
apagadas y tenues
al rigor de los soles.

De las nubes rezagos,
vagan gríseos vellones,
que en los pinos se enredan
y en las hoyas se esconden.

En hogueras, que lucen
bajo canchos enormes,
los cabreros enjugan
sus mojados zajones.

Y asoman en las claras
del pasto, entre los robles,
sus pétalos morados
los «espantapastores».

Acá y allá impeliendo
los plúmbeos nubarrones,
en el campo celeste
luchan Sur contra Norte.

Y puede más la lanza
del Cid, ardida y noble,
que el lanzón de locura
de nuestro Don Quijote.

1910

SE TORNA EL CIELO NEVOSO

Se torna el cielo nevoso
seda joyante de añil.
Ya se escucha el rumoroso,
celeste canto de abril.

Y al disiparse las brumas
luce el claro sol sin velo,
y alborotan las espumas
rota la cárcel del hielo.

Hijo del agrio canchal,
donde en regazo de nieve
su alada voz de cristal
nace susurrante y leve,

un regato de agua clara,
juguetón y saltarín,
baja desde Peñalara
cantando a Majarrocín.

Espumante, corre y brilla
rebotando entre las peñas;
manso después, en su orilla
beben las albas cigüeñas.

Y sus cantos cristalinos
tienen salmodia de rezo
al cruzar bajo los pinos
y entre las ramas del brezo.

Al salir de las barrancas,
fuera de los helechales,
con las margaritas blancas
salpica los pastizales.

¡Quién creyera que el nevero,
ya cristal murmurador,
con las canas de su enero
estaba encinta de flor!

Al eco de su alegría
en las castellanas vegas
comienza la pastoría
sus andanzas cañariegas.

Van pastores y cabreros,
recios y curtidos mozos,
alegrando en los oteros
los abandonados chozos.

Y entre canchos y retamas,
allá, en las altas laderas,
los denuncian con sus llamas
ondulantes las hogueras,

o, custodio del ganado,
el eco de algún ladrido,
que de barranca en collado
rueda en la sierra perdido.

. . . . . .

. . . . . .

Regato de Peñalara:
cuando tu nieve fundida
es, monte abajo, agua clara,
nuncio de la nueva vida;

cuando cantan, al hechizo
de tu voz primaveral,
el vaquero en su boyizo
y en su majada el zagal;

cuando tu caudal se acrece
bajo el sol, con el deshielo,
y enlozana y reverdece
la yerma costra del suelo,

y resuenan las cañadas
con el rumor de tus risas,
y aroman, embalsamadas
por los pinares, las brisas,

tendido bajo las frondas,
tembloroso de emoción,
quisiera un cauce a tus ondas
labrar en mi corazón.

1910

VOZ DEL HUMO

Del cielo limpio la zarca seda
manchan las nubes de tonos grises;
aves que emigran a otros países,
cruzan los picos de la roqueda.
Ya no hay verdores
en las orillas de la vereda;
bajo las frondas de la arboleda

no se oyen cantos de ruiseñores;
quejido el aire, triste, remeda,
no deleitosa canción de amores.
Ya no se escuchan en los pinares
los ritmos lentos de los cantares.
Bajo la niebla duermen los hatos,
callan los perros,
saltan y bullen frescos regatos,
que, raudos, bajan desde los cerros.
Pastor, que cantas en la majada
cuando las luces de la alborada
rompen del cielo los negros tules,
¡qué dulce el eco de tu balada
para tu moza, la enamorada,
la de los claros ojos azules!
La casa humilde, que abajo humea
—voz de amor—, llama desde la aldea.
Voz de rugosos, fragantes leños
de añosa encina,
que arrulla ensueños,
voz ruda y fresca de campesina.

¡Que siempre dulces sones modules
oh voz que ríes y voz que lloras,
como los claros ojos azules
de las pastoras!

1905

VOZ DEL AGUA

MADRIGAL

Era pura nieve,
y los soles me hicieron cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Canté entre los pinos
al bajar desde el blanco nevero;
crucé los caminos,
di armonía y frescura al sendero.

No temas que, aleve,
finja engaños mi voz de cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Allá, cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca;
luego, en el estío,
voy cantando a morir en tu boca.

Tan solo soy nieve,
no me enturbian ponzoña ni mal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

1907

TARDE

Las brumas en la tarde silenciosa
son cortejo de gris melancolía,
y, al soslayar el sol, tintas en rosa
se esfuman en la vaga lejanía.

Los árboles agitan su ramaje
al blando soplo de callado viento,
y, entre sombras y luz, muere el paisaje
a toque de campana triste, lento.

Tornan por los senderos las ovejas
con sones melancólicos de esquilas,
que evocan dulces, remembranzas viejas
de tardes eglogales y tranquilas.

En la vertiente de empinado risco,
al montaraz abrigo de los canchos,
ondulan las fogatas del aprisco,
en donde forman los pastores, ranchos.

La yunta de los bueyes cruza lenta
por los terrones duros del rastrojo,
y la figura del gañán se aumenta
al recortarse sobre el cielo rojo.

1904

LA ALEGRE CARRETA

Es la paz virgiliana de la mañana quieta,
se oye la perezosa marcha de la carreta.

Envuelve la frescura de la brisa sutil,
con fragancia de pinos, una risa infantil.

Un reír que ilumina la mañana serena:
ríen Carmen, Dolores, Ana, Jaime, Jimena.

¡Que sea con vosotros la paz de los caminos,
de la vida que empieza, nacientes peregrinos!

Que la ventura os brinde un sendero sin fin,
abierto, cual los ojos del pequeño Monchín.

Llenad vuestros pulmones con aura de pinares,
capullos de la vida, sin riego de pesares.

Y mirad reflejadas las tersas, puras frentes
en los limpios cristales de las aguas corrientes.

¡Oh, qué dulce bullicio, qué alegría tan franca
cuando el carro en las piedras del camino se
[atranca!

Reíd, temblad de gozo bajo los delantales,
mis pequeños amigos, mis amigos leales.

Vuestros ojos reflejan vuestros ánimos nobles,
claros como las aguas, fuertes como los robles.

No importuna la risa la tristeza de un lloro:
azulada sonríe la mañana de oro.

En quietud amorosa la llanura se baña;
recórtase en el cielo soberbia la montaña.

Fresca risa ilumina la mañana serena.
Ríen Carmen, Dolores, Ana, Moncho, Jimena.

El Paular y Agosto 1900

ALEGRÍAS CASTELLANAS

LA LLUVIA

Entró por las bocanas de los puertos,
encapuchó las crestas,
se enredó en los piornos de las cimas,
rodó por las laderas;
arrastró por hoyadas y barrancos,
en lacrimosas nieblas,
la rota fimbria de su manto gríseo.
—bendición y promesa

para los mustios y sedientos prados
de la campiña seca.
Horadaron el polvo del camino
con pesado rumor sus gotas gruesas.
Rumoreó en las frondas de los pobos
la ventolina fresca,
levantando en fugaces remolinos
por los senderos la hojarasca muerta.
En torno del lugar, las golondrinas
revolaron rastreras,
casi tocando las azules alas
en la agostada hierba.
Huyeron las gallinas, temerosas,
al abrigo de bardas y de cercas
Una mujer pasó bajo el cobijo
de su falda mugrienta.
Con el dulce sonar de sus esquilas
bajaba hacia la aldea,
desde el alcor vecino,
un rebaño de ovejas...
Y la lluvia hasta el valle descendía

como cortina inmensa,
mecida de unos montes a otros montes
por las alas del viento de la sierra.

¡Oh, la fuerte canción de la esperanza,
gloriosa canción vieja,
cantada por los hombres y las aves,
por árboles y piedras,
cuando las rotas nubes, jironadas,
huyen por las laderas,
empapando los surcos con el jugo
de sus entrañas negras,
mientras el padre sol vierte su vida
en rodales de luz sobre la tierra!
Todo ríe: la tolva en el molino,
con el rumor de la crecida presa;
los barbechos parduscos, encharcados,
reflejando la luz; las rastrojeras;
los seculares álamos del río,
que con el aire tiemblan;

los pinares austeros, cuyas frondas
se recaman de perlas...
hasta, bruñidas por el sol, fulgentes,
altivas y soberbias,
coronadas del vuelo de las águilas,
las graníticas crestas.

Tempero de los surcos castellanos
en la cercana siembra;
ilusión del sufrido terruñero,
que venturoso sueña
con el trigal granado, en la abundancia
de pródiga cosecha,
y la parva fragante,
rubia flor de las eras,
y la mies aventada, monda y limpia,
de las trojes repletas,
sin los duros azotes de la helada,
del viento y de la piedra...

¡Oh, qué dulces se escuchan tus acentos,
junto a los troncos del hogar que humea,
canción de la esperanza de los campos,
gloriosa canción vieja!

1909

LA BUENA COSECHA

Bulle de gozo el corazón;
el agua quiebra su cristal;
canta el molino su canción
moliendo el oro del trigal.

«Áureo tesoro en mí se encierra
de la granada espiga rubia,
oro que acuña parda tierra
con luz de sol y agua de lluvia.

No bajó el lobo hasta el aprisco:
propicia fué la sementera,
y sin helada ni pedrisco
pasa por fin la primavera.

Aguas fecundas y templanza
pueden tus males remediar:
calma del cielo la bonanza
las inquietudes del hogar.

Torna el cigüeño con su hembra:
posa su amor en la espadaña,
cuando los brotes de la siembra
la luz de un sol, ya tibio, baña.

Mueven las auras estivales
ricas de mies, las siembras solas:
muestran heridas, los trigales,
rojas, con sangre de amapolas.

Sin el azote de tormentas,
bajo del sol—toda Castilla—
pasan las dulces tardes, lentas
en las labores de la trilla.

Llena tu albergue la fragancia
de año feliz que trajo pan;
colma el granero la abundancia,
dicha que es logro de tu afán.

Nada al mendigo se le niega,
al vagabundo se le acoge.
¡Roja alegría de bodega!
¡Rubia abundancia de la troje!

Habrá tabaco para el viejo,
guitarra y vino para el mozo;
tras el carmín de un zagalejo
irá el amor lleno de gozo.

Deja el vaquero con su abarca
la soledad de las florestas;
saca del fondo de su arca
el traje rico de las fiestas.

De tu ventura rara goza
en tu terral, pegujalero:
podrás al fin casar la moza
sin que te embargue el usurero.

No esté tu cara cejijunta;
libre serás de la miseria.
Si está cansada ya tu yunta,
ve a la ciudad cuando la feria.

Luego a cavar. Bajo este cielo
que da alegría y amargura.
Luego a sembrar. En este suelo
que habrá de ser tu sepultura.»

Bulle de gozo el corazón;
el agua quiebra su cristal;
canta el molino su canción
moliendo el oro del trigal.

1908

Y LA GLORIA DEL SOL...

Y la gloria del sol es un triunfo
en un cielo de azur. La rubia parva
—pan de la vida y oro de la tierra—
tendida sobre el heno de los campos,
gime bajo los trillos, como gimen
las espigas de ensueño maceradas
por trillos de dolor. Cerca, las cumbres,
los fuertes robles, las roquedas bravas,
el cielo castellano, zarco y limpio,

el regio manto del pinar que pende
desde los hombros del hercúleo monte.
Y la albura de nieve, en que los ojos
beben blanca pureza. Y los regatos
con su voz de cristal. Y las canciones
del pinar centenario, en que la brisa
finge manso oleaje. ¡Oh!, que mi alma
por la tierra se esparza y se difunda,
y sienta amor por todo lo creado:
por la piedra y el árbol, por las aves,
por la fontana pura, donde ríe,
hecha cristal, la nieve de las cimas.
Y que el torrente de la sangre bulla,
y sea el corazón todo una llama.
Y que las mieles del amor se viertan
en labios de mujer. ¡Oh los aromas
de la pródiga tierra florecida,
aliento de mujer sana y fecunda!
Hay que vivir la vida intensamente,
y gozar, y sufrir. Que el alma roja
vibre y llegue a romperse de ventura.

Y si la muerte con su voz nos llama,
y nos ofrece sus morenos brazos
nuestra madre la tierra, que los huesos,
al pudrirse en su entraña, crien flores.
Y que las corten femeninas manos.
Y que se enreden en los negros rizos
de una mujer que por amor suspire.

1907

TRISTEZAS CASTELLANAS

EL BON VINO

Por la tierra triste y parda,
la de los viejos lugares,
la que tantos seculares,
gloriosos recuerdos guarda,

en un carricoche añejo
van cruzando la llanura
una mozuela y un cura,
una serrana y un viejo.

Es gente humilde y sencilla
que lleva en su rostro impresos,
con hambre y miseria, besos
del claro sol de Castilla.

Con monótona quejumbre
el viejo, triste, solloza;
de los ojos de la moza
el llanto empaña la lumbre;

y llevando el delantal
a los suyos, la serrana
con pesadez aldeana
sus cuitas gime al zagal.

La moza llora su huerto
por las heladas perdido;
la serrana, su marido,
y el anciano, su hijo muerto.

Y mientras plañe el anciano,
y la serrana llantea,
y el zagal jura y chasquea
la tralla viva en su mano,

atento al agrio chirriar
del coche, que en lenta marcha
sus rodadas en la escarcha
deja impresas al pasar,

entre las manazas rojas,
el cura, mudo en su asiento,
de un libro usado y mugriento
va repasando las hojas.

Y el llano, en silencio augusto,
a lo lejos se dilata
sin hogar, hombre ni mata,
severo, grave y adusto.

. . . . . .

El coche para en la venta.
El vinillo retozón
enciende, aviva y calienta
la sangre en el corazón.

—¿Sabéis que la moza casa?
Hoy es fiesta en el camino,
y el ventero paga el vino
al caminante que pasa.

Por celebrar la ventura
del castellano ventero,
bebe la moza primero,
y luego el viejo y el cura.

Sin dejar el delantal,
y aparentando desgana,
bebe después la serrana,
y lo que queda, el zagal.

Y a la alegría que brota
con el vino de la jarra,
acompaña la guitarra
con el aire de la jota.

Bajo el sol aduerme el llano
sin que lo alegre un verdor,
con el austero color
de un hábito franciscano.

Y otra vez el coche arranca:
tras el polvo se divisa
la venta, la sola risa
de la carretera blanca.
. . . . . .

El coche para en la venta.
El vinillo retozón,
enciende, aviva y calienta
la sangre en el corazón.

—¿Sabéis que murió la hija?—
dice el ventero lloroso.
—Pues vaya por su reposo
y porque usted no se aflija.

¿Y qué tristeza perdura
con un trago de lo añejo?
Beben la serrana, el viejo,
la moza, el zagal, el cura.

Porque el vino, de tal suerte
a la vida se acomoda,
que igual festeja una boda
que plañe por una muerte.

. . . . . .

En el llano muere el día.
A lo lejos, una aldea.
Sólo el camino blanquea
la parda monotonía.

Sopla el aire del olvido.
¿Quién se acuerda ya del huerto,
del calor del hijo muerto,
del hermano, del marido?

El zagal en el pescante
con la serrana retoza.
Relata el viejo á la moza
un cuentecillo picante.

Y la mozuela, encendida
por la malicia del cuento,
deja escapar con su aliento
todo el hervor de la vida.

Yo, rumiando mi amargura
en aquella soledad
de pena, con ansiedad
torno los ojos al cura.

Dormido sobre el breviario
en los baches cabecea,
sin que le turbe la idea
de la Pasión del Calvario.

. . . . . .

Mayoral. Para. Detente.
El vinillo retozón
encienda, avive y caliente
la sangre en mi corazón.

Para seguir mi camino
también olvidar deseo.
¡Oh Gonzalo de Berceo!
¡El bon vino!

YA SE VAN LOS QUINTOS, MADRE...

Ya se van los quintos, madre;
ya cruzan el robledal.
Dejan la tierra sin brazos
y los panes sin segar.
Tórnase en hierro de guerra
la herramienta de la paz.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Ya se pierden por la sombra,
río arriba, en el pinar;
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Veo el ramo de amapolas
en su mano rojear;
gotas de sangre, cogidas
al paso por un trigal.
Dios no quiera que la suya
vaya otro campo a regar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Tornaron cuando las hazas
eran promesas de pan.

Ya anidaban las cigüeñas
en la torre del lugar.
La blancura de las cumbres
era en el valle cristal.
La pobre madre reía
junto al fuego del hogar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Aquel uniforme majo,
guardado con tanto afán
en el cofre, que aromaban
perfumes del tomillar;
el uniforme que hacía
tan caballero al zagal,
vuelve la madre, con llanto,
del arca vieja a sacar.
Por campos y por ciudades
resuena un aire marcial.

Ya se pregona la guerra
al otro lado del mar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

—Brota sangre de una herida
que no logro restañar;
sangre que apagó mi fuego,
sangre que me amarga el pan.
Que fuí madre de otro mozo
que se marchó del lugar
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal,
cuando el sol de las cosechas
era un dulce sol de paz...
Y las cigüeñas volvieron;
pero el pulido zagal
murió con mozos hermanos
al otro lado del mar.

—Es la patria quien lo pide,
madre, cesa en tu llorar.
—Pobre patria la que deja,
bajo un dulce sol de paz,
la campiña sin sus brazos
y los panes sin segar.
¿Por marchar el hijo mozo
cosechas se lograrán;
habrá abundancia en las trojes
y alegría en el lagar?
—Es la patria quien lo pide.
—¿Patria que tristezas da;
patria que entierra sus hijos
al otro lado del mar?

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

1909

EL RETORNO A LA PATRIA

ORACIÓN

Por los hondos dolores, por los males acerbos
que sembraron de lutos el solar español:
por los muertos, el pasto glorioso de los cuervos:
por los que se pudrieron bajo el fuego del sol.

Por los pobres hogares españoles en ruina:
por las madres sin hijo: por los hijos sin pan:
por el trágico aliento de la costa vecina,
donde tantos vencidos sin lucha dormirán.

Por los que padecieron flaqueza, miedo y llanto:
por los que combatieron sin comer ni beber:
por los que soportaron, viriles, su quebranto:
por los que desmayaron con alma de mujer.

Por las debilidades y el terror de las bajas:
por el ansia latente de una gloria triunfal:
por las viles calumnias, pavorosas mortajas
de los que sucumbieron henchidos de ideal.

Por los que agonizaron al pie de las chumberas,
heridos de sorpresa, por la espalda, a traición:
por los que se envolvieron en trozos de banderas,
lozanas con la roja sangre del corazón.

Por los que en su agonía gritaron: ¡Viva España!:
por los que se adornaron con laureles de muertos:
por los que nos llevaron, ciegos, a la campaña:
por tantas ignorancias, por tantos desaciertos...

Por vosotros al viento la enseña bendecida
en triunfos y derrotas, en glorias y reveses;
la bandera que muestra, como símbolo, unida
la sangre de sus hijos al oro de sus mieses.

Por vosotros la pompa de marciales desfiles,
y el pueblo y los soldados en clamoroso haz,
y el rodar de cañones, y el brillar de fusiles
bajo el sol empañado de una efímera paz.

1910

DEL SOLAR DE DON QUIJOTE

TIERRA HIDALGA

Es la Mancha. La llanura
solitaria, sin un brote,
que entimbrara la locura
del hidalgo Don Quijote.

El solar rancio, manchego,
donde persiguen los ojos
un espíritu andariego
por los surcos de rastrojos.

Al noble loco de antaño,
muerto de melancolía,
pues la cordura al engaño
de la razón le volvía.

Nobles manchegos varones,
no ensoñéis un ideal;
adormid los corazones
quietos en el pegujal.

Dulce luz el campo baña.
Yérguese con señorío
de la iglesia, la espadaña,
sobre el blanco caserío.

Silencioso campanario
que, discreto, no importuna
el coloquio milenario
de la tierra con la luna.

1905

EN UN LUGAR DE LA MANCHA...

En vetusto caserón
una luz señera brilla.
Para el tren. En la estación
grita un mozo: «Argamasilla.»

A la luz del alba cruda
gira el portón de un corral.
Sale un hombre. El alma duda
si será el loco inmortal.

No lleva lanza ni casco;
no es el caballero andante.
Es el bachiller Carrasco
que cabalga en Rocinante.

1905

SIN CABALLERO

Un molino.
perezoso a par del viento.
Un son triste de campana.
Un camino,
que se pierde polvoriento,
surco estéril de la tierra castellana.

Ni un rebaño
por las tierras. Ni una fuente
que dé alivio al caminante.

Como antaño,
torna al pueblo, lentamente,
triste y flaco sucesor de Rocinante.

Una venta.
Un villano, gordo y sucio,
de miserias galeote...
Soñolienta
la andadura de su rucio.
¡No aparece en la llanada Don Quijote!

Terruñero
de la faz noblota y ancha,
descendiente del labriego castellano:
Escudero:
Ya no tienes caballero;
ya no templas con prudencia de villano
las locuras del hidalgo de la Mancha.

1905

EL NIETO DE QUIJANO

Al abandonar la venta
tópome con el hidalgo:
va seguido de su galgo
por la tierra amarillenta.

Es un hombre cincuentón,
alto, seco, amojamado,
con un gesto entreverado,
circunspecto y socarrón.

Ni el más leve aliento sopla.
Quema el sol desde la altura.
Sólo alegra la llanura
la pereza de una copla,

—tosca flor de un trajinante,
que, al cruzar la carretera,
para doña Molinera
tiene un recuerdo galante.—

Yo observo el arreo extraño
del hidalgo labrador,
que se guarda del calor
con recia capa de paño.

Amplio sombrero de anillo
preserva de los rigores
del sol, sus inquisidores
ojos de pardusco brillo.

La camisa sin corbata.
Una burda correhuela
calza la oxidada espuela
sobre la sucia alpargata.

Ni de buen pelo ni lucio,
la vista baja y mohina,
por sobre el polvo camina,
cansado y lento, su rucio.

La llanada muda y grave
en su grísea infinitud.
Todo es silencio y quietud.
Ni un arroyuelo, ni un ave.

De vez en vez las cigarras;
y entre gasas de calinas,
lejanos grupos de encinas
polvorientas y chaparras.

Ya cercano de una aldea,
y a la vera del camino,
en un barbecho, un molino
pausado el aspa voltea.

—A moler trigo se atreve
—dice el hidalgo furioso—;
pero ya verá el tramposo,
si no paga, lo que debe.

Y, frunciendo el entrecejo,
sigue: —Yo haré que se venda,
por la justicia, la hacienda
de ese miserable viejo.

Enhiesto en el pegujal,
sobre aquella tierra esclava,
el molino murmuraba
la abundancia del trigal.

Luego, campos, rastrojeras,
tierras baldías, eriales,
azulados y eternales
horizontes de quimeras.

En la atmósfera, pesada
del bochorno, densa nube
de polvo se arrastra y sube
por una tierra labrada.

Y un rebaño, que remiembra
otro rebaño famoso,
marcha unido y silencioso
por los surcos de la siembra.

—Estos carneros son míos;
fueron de un hidalgo loco,
que la hacienda, poco a poco,
perdió con sus desvaríos.—

Y alegre mirada arroja
sobre la mansa legión,
cuyo mugriento vellón
retiñe la marca roja.

Amodorrado me duermo.
Tengo sed. No hay una fuente
ni un verdor en el ardiente,
desnudo terruño yermo.

Colúmbrase en lontananza,
perdido en la tolvanera
blanca de la carretera,
un grupo negro que avanza.

Es un convoy de miserias,
hambre del pueblo español,
que muestra a la luz del sol
sus lacras y sus lacerias.

De los humanos rediles
pobres gentes descarriadas,
tristes, sucias, maniatadas,
con custodia de fusiles.

Dice el hombre: «Condenados,
vais a enderezar los tuertos.
Ya, ni asolaréis los huertos
ni robaréis los ganados.»

Y la mirada corvina
de su pupila sangrienta,
azota a la macilenta
gente, que marcha cansina.

En el polvo se ha perdido.
Un lugar cercano humea.
El galgo corre y rastrea.
lanzando alegre ladrido.

Junto a un paso de herradura
el hidalgo me previene
que va a apartarse; detiene
la enteca cabalgadura.

Y plantado de través
en el borde del sendero,
derribándose el sombrero,
se ofrece humilde y cortés:

—Me llamo Alonso Quijano,
y en lo que gustéis mandar,
soy alcalde del lugar
que allí asoma.—Y con la mano

me señala un pueblecillo
que entre tierras de rastrojos
sólo destaca a los ojos
su campanario sencillo.

—Yo evoqué tu sinrazón,
loco de santa locura,
que regaste la llanura
con sangre del corazón.

Tú, que segaste a cercén
brotes ruines de maldad,
y sembraste caridad,
y amor, y justicia, y bien...
. . . . . .

Lanza el caballejo al trote.
Y al alejarse en el llano,
pienso yo: «¡Cuándo Quijano
volverá a ser Don Quijote!»

1909

AGOSTO

Quema el sol. Y los ojos
sólo ven la llanada
infinita, surcada
de amarillos rastrojos.

Primavera con lluvia.
Junio libre de piedra.
¡Cómo se colma y medra,
la troje de mies rubia!

Envuelto en la calina
por la recia solana,
a la aldea cercana,
lento, un carro camina.

Y [illegible]
del llano amarillento,
su majestad eleva
un molino de viento.

[illegible]

ETERNA ANDANZA

Es una noche de invierno crudo,
noche de luna, serena y clara,
en que sutiles y traicioneros
soplan los vientos del Guadarrama.

Silencio y frío. Por una calle,
dormida y sola, tácitos marchan
el más prudente de los villanos
y el caballero flor de la Mancha.

Sobre la silla de Rocinante
su porte yergue figura hidalga:
tras Don Quijote, sobre su rucio,
camina el bueno de Sancho Panza.

Con lento paso la calle cruzan
y desembocan en una plaza;
en los umbrales de gran palacio
la *golfería* duerme apiñada.

Y el caballero pujante, grita:
¡Ah del palacio! Las puertas abran.
No a la lealtad dulce se entreguen,
que hay en las puertas gente sin cama.

Nadie responde. Las anchas hojas
sobre sus goznes, mudas, descansan.
¡Qué traicioneros y qué sutiles
soplan los vientos del Guadarrama!

«¡Ah del palacio!» Y el caballero,
bravo le embiste, con furia tanta,
que en mil astillas se quiebra al choque
contra la puerta, la inútil lanza.

Silencio y frío. Con el estruendo,
la *golfería* desarrapada
sale del sueño, mísero y triste,
que descabeza contra las jambas.

Y al ver del loco, sobre el caballo,
la incomprendida figura extraña,
todos le burlan, todos le hieren
con sus denuestos y sus pedradas.

¡Ah del palacio!» Nadie responde.
Y el caballero, rotas las armas,
sufre las piedras y los insultos
y el viento frío del Guadarrama.

No ha conseguido ver del palacio
para los tristes las puertas francas,
y en su locura, noble, se ceban
todas las iras de la canalla.

—Señor, dejadlos—Sancho le dice—:
porque con gusto buena es la sarna.—
Y como siempre, su gran cordura
demuestra el bueno de Sancho Panza.

Rompe el silencio largo ladrido.
La luna extingue su lumbre blanca.
Sobre la cinta de luz incierta
brilla el lucero de la mañana.

Y otra vez siguen por las llanuras,
en peregrinas, locas andanzas
el más prudente de los villanos
y el caballero flor de la Mancha.

. . . . . .

A Don Quijote nadie le ha visto:
dejó en la calle rota su lanza.
Unas mujeres, vieron a Sancho
bebiendo vino sobre la albarda..

MI LAUREL

He de forjar mi nombre en el combate;
dará mi espada al sol su centelleo,
y en la humildad de mi marcial arreo
pondrá el valor emblema de magnate.

Si el enemigo ante mi ardor se abate
será su victa enseña áureo trofeo
que he de rendir, temblando en mi deseo,
a un corazón que con el mío late.

Y alejado por fin de las guerreras
lides en que alcanzara la victoria,
amigas de la sangre y de las balas,

tendidas sobre el lecho las banderas,
perfume un cuerpo de mujer su gloria...
y la paz del amor tienda sus alas.

1908

EPITAFIO

Con óleo de tu boca sea mi boca ungida
si la muerte me rinde con su fatal beleño,
cuando en la sombra arcana del perdurable sueño
se apague el aurirrojo llamear de mi vida.

Que la sabia caricia de tu mano fragante
un supremo perfume deje en mi carne impreso;
y así, contra la sombra me lanzaré arrogante,
llevando como escudo la gloria de tu beso.

Que el rosal de tu alma tenga siempre una rosa
para mi sepultura de amante sin hastío,
y donde el cuerpo duerma, sobre la dura losa,
esta inscripción se grabe para recuerdo mío:

«Fué un hidalgo poeta del solar español.
Ni ejercitó derechos, ni se amoldó a deberes.
Gran señor de la vida, se la dió a las mujeres...
Y gustó el placer único de vagar bajo el sol.»

1907

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria 5
Ensayo 7
Autosemblanza. 47

Serranillas.

Corazón, vete a la sierra 57
Una flor hay en el valle. 63
¿Por qué corriendo te quejas? 67
Ayer noche vino el lobo. 71
Camino de Navafría. 73
Dime la copla, Jimena. 81
Pastores de Majavieja. 87
Ha llovido con furia 91
Se torna el cielo nevoso. 95
Voz del humo. 101
Voz del agua. 105
Tarde. 107
La alegre carreta. 109

ALEGRÍAS CASTELLANAS. Págs.

La lluvia 115
La buena cosecha 121
Y la gloria del sol 127

TRISTEZAS CASTELLANAS.

El bon vino 133
Ya se van los quintos, madre 141
El retorno a la Patria 147

DEL SOLAR DE DON QUIJOTE.

Tierra hidalga 153
En un lugar de la Mancha 155
Sin caballero 157
El nieto de Quijano 159
Agosto 169
Eterna andanza 171

MI LAUREL 177
EPITAFIO 181

ESTA SEGUNDA EDICIÓN,
AUMENTADA
DE «CANCIONERO CASTELLANO»,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 2 DE MAYO
DE 1917.

Masa y Rosales, Enrique de,
1879-1929
Cancionero castellano

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 01 25 10 001 2